

Cristo es el Rostro del Padre

Andrés F. Di Cio^{1*}

El rostro de Dios es el Logos
Clemente de Alejandría

El cristianismo tiene su centro en Jesús. En este artículo nos acercamos a él como *Rostro del Padre*, estimulados por las intuiciones de dos teólogos franceses: Marie-Joseph Le Guillou y Olivier Clément. Pero antes de escuchar a estos dos maestros recordamos la importancia del rostro en el pensamiento contemporáneo, así como en la revelación judeocristiana. El cierre de nuestra contribución está dedicado al Espíritu, que en la Iglesia da a conocer a Jesucristo, y a la eucaristía, misterio que hace realidad el deseo que Israel tiene de contemplar a Dios.

1. El rostro del hombre

Es bien sabido que el siglo XX estuvo marcado por diversos regímenes totalitarios que ultrajaron la dignidad del hombre. La ilusión de una sociedad perfecta pudo más que la realidad de los rostros. Sin embargo, precisamente en medio de esa oscuridad espiritual surgió la luz de la filosofía personalista, como un fruto precioso de la tradición judeo-cristiana. Los representantes de esa corriente postulaban, ante todo, el valor inalienable de la persona humana, que es un absoluto en relación: un yo de cara a un tú que juntos conforman un nosotros. Más allá de las diferencias de perspectiva, el denominador común residía en el asombro por la existencia de ese que es alguien, y no algo. Se verificó así, una vez más, la fecundidad del diálogo entre la filosofía y la teología.

En el contexto de ese despertar espiritual, Emmanuel Levinas identificó el rostro como lo más personal de la persona. Porque el rostro es la carne más desnuda, es la persona que mira, que habla y que interpela. Es re-velación en el doble sentido del término, ya que manifiesta resguardando. El rostro es el umbral del misterio: el mío, el tuyo, el de Dios.

“... la desnudez humana me interpela –interpela al yo que soy–, me interpela su debilidad, desprotegida e indefensa, de desnudez; pero también me interpela su extraña autoridad, imperativa y desarmada, palabra de Dios y verbo en el rostro humano. Rostro, ya lenguaje antes de las palabras (...) lenguaje de lo inaudible, lenguaje de lo inaudito: lenguaje de lo no dicho. ¡Escritura!”²

^{1*} Sacerdote de Buenos Aires. Profesor de Teología en la UCA, en el CEOP y en el ISET. Miembro de *Communio* Argentina.

² Emmanuel LEVINAS, *TOTALITÉ ET INFINI* (PARIS: LE LIVRE DE POCHE, 1990), II-III. Cf. *IBÍD.* 61.

Levinas propone una fenomenología del rostro que sea la primera filosofía, e incluso teología (en cierto sentido), toda vez que se remonta a Dios permitiendo discernir la verdad de las religiones positivas.³ Retengamos de momento lo esencial: el rostro no sólo expresa al hombre sino también a Dios. Dios habla en el rostro del hombre. Y esto es así, añade la revelación judeocristiana, porque el hombre es imagen de Dios (Gn 1,26).

En la Biblia el rostro guarda una especial cercanía con el corazón, que es el centro humano por excelencia, donde no sólo residen los sentimientos sino también los pensamientos, los recuerdos y las decisiones. La asociación queda establecida en Proverbios 27,19, un verso de difícil traducción, cuyo sentido podría expresarse así: “El hombre se revela en el corazón, como el rostro en el agua”.⁴ El hecho es, sin embargo, que el corazón permanece oculto, mientras que el rostro se deja ver. Por eso puede decirse que el rostro es el espejo del corazón. “El corazón del hombre modela su rostro, tanto hacia el bien como hacia el mal” (Sir 13,25). Precisamente esta relación es el eje de la célebre novela de Oscar Wilde, *El retrato de Dorian Gray*. En la misma línea Clemente de Alejandría dice, evocando Génesis 2,7, que “el alma racional fue insuflada en el rostro por Dios desde lo alto”.⁵

El rostro ve otros rostros pero no puede verse a sí mismo. En otras palabras: el hombre no se conoce acabadamente más que en diálogo con otros. Esta idea está contenida en el término hebreo *panim*, que morfológicamente no es singular sino plural, lo cual sugiere que “no existe primeramente un rostro para sí mismo, sino un rostro para otro rostro: una persona es cabalmente tal ante otra persona”.⁶ Como dice Mariano Moreno

³ “Mandamiento en la desnudez y la miseria del otro, que ordena la responsabilidad del otro –más allá de la ontología. Palabra de Dios. Teología que no procede de ninguna especulación sobre el más allá de los mundos remotos, sobre el conocimiento que trasciende el conocimiento. Fenomenología del rostro: remontada necesariamente hasta Dios, quien nos permitirá reconocer o rechazar la voz que, en las religiones positivas, habla a los niños o a la infancia de cada uno de nosotros, ya lectores del Libro e intérpretes de la Escritura”; LEVINAS, *TOTALITÉ ET INFINI*, III.

⁴ Creemos que esta traducción nuestra capta la ambigüedad del proverbio, para el cual caben dos explicaciones: (a) el hombre se conoce a sí mismo en su propio corazón; (b) el hombre se conoce a sí mismo por el corazón de otros. La Biblia de Jerusalén ha ido variando: la segunda edición, de 1975, se inclina por (b), mientras que la tercera edición, de 1998, se inclina por (a). Como si esto fuera poco, la versión griega ofrece otra interpretación (asumida por la primera edición de la Biblia de Jerusalén, de 1967): “Como los rostros no se parecen a los rostros, así difieren los corazones de los hombres” – ὡςπερ οὐχ ὅμοια πρόσωπα προσώποις, οὕτως οὐδὲ αἱ καρδίαι τῶν ἀνθρώπων.

⁵ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *STROMATA* V,84,3. Cf. S. IRENEO, *EPIDEIXIS* 11. “EL ROSTRO DEL HOMBRE ES EL ALMA QUE SE HACE VISIBLE”; ROMANO GUARDINI, *RELIGIÓN Y REVELACIÓN* (MADRID: GUADARRAMA, 1964), 40.

⁶ MARIANO MORENO VILLA, “PERSONA”, EN: ID. (DIR.), *DICCIONARIO DE PENSAMIENTO CONTEMPORÁNEO* (MADRID: SAN PABLO, 1997), 900.

Villa, eso no significa que sólo se es persona *cuando* se está ante otra persona, sino que “antes de comprenderse la persona a sí misma como tal, ha contemplado otros muchos rostros personales; la contemplación de las otras personas es previa, siempre, a la autocomprensión de la persona como tal”.⁷

La paradoja del rostro muestra así el carácter constitutivamente abierto del ser humano, que en última instancia necesita de Dios, el Otro por antonomasia, para ser él mismo.

2. El rostro de Dios

“No es bueno que el hombre esté solo” (Gn 2,18). No cabe duda de que, en su contexto, esta sentencia del libro del Génesis se refiere ante todo al carácter social del ser humano. Sin embargo, en un sentido más profundo, también describe su condición religiosa. Estamos hechos para Dios.⁸ El encuentro con el tú humano despierta el deseo del Tú divino. Este deseo es tan intenso que el salmista lo compara con la sed de los animales: “Como busca la cierva corrientes de agua, así te busco, Dios mío. Tengo sed de Dios; del Dios vivo. ¿Cuándo podré ver el rostro de Dios?” (Sal 42,2-3).

Israel sabe bien que Dios no tiene rostro, porque no es un hombre. Pero de todos modos lo busca, porque el rostro –ya se dijo– es la imagen de la intimidad personal. No por nada el término hebreo *panim* significa tanto rostro como presencia. Contemplar el rostro de Dios es, pues, estar en su presencia, lo que acontece de manera eminente en el templo de Jerusalén (cf. Sal 42,5). El culto, por tanto, ofrece una primera respuesta al deseo existencial de comunión con Dios, aunque no plenamente satisfactoria. Por eso el ansia de ver a Dios tiene algo de escatológico: “Mi rostro no podrás verlo, porque nadie puede verme y seguir con vida” (Ex 33,20). Curiosamente, estas palabras se dirigen a Moisés, el único al que se le concedió la gracia excepcional de hablar con el Señor “cara a cara, como habla un hombre con su amigo” (Ex 33,11). Como se podrá imaginar, ese diálogo transformaba a Moisés de tal manera que su rostro quedaba lleno de luz (Ex 34,29).⁹ Es bien significativo que ese fuera el signo incontestable de su intimidad con Dios. Pero el rostro radiante no sólo delataba su experiencia mística sino que impedía a los demás acercarse a él con naturalidad. ¡Tan grande era el resplandor! Por eso Moisés debía cubrir su rostro con un velo, como el mismo Dios, precisamente a causa de su identificación con él (cf. Ex 34,33-35; 26,31-35).

⁷ MORENO VILLA, *PERSONA*, 899.

⁸ No nos cansamos de escuchar a S. AGUSTÍN: “NOS HICISTE, SEÑOR, PARA TI, Y NUESTRO CORAZÓN ESTÁ INQUIETO HASTA QUE DESCANSE EN TI”; *CONFESIONES* I,1,1.

⁹ La luz del rostro de Dios es un tema recurrente en la Escritura: Nm 6,25; Sal 31,17; 44,4; 67,2; 80,4.

Buscar el rostro de Dios es querer encontrarse con Él, conocer su voluntad y estar en su presencia. Este anhelo existencial, el más hondo de todos, no es una mera ocurrencia humana sino un llamado que Dios mismo ha sembrado en nuestro interior. “Mi corazón sabe que dijiste: «Busquen mi rostro». Tu rostro busco, Señor, no me ocultes tu rostro” (Sal 27,8-9). Sin embargo, la consumación del deseo queda en suspenso hasta la vida futura: “Yo creo que contemplaré la bondad del Señor en la tierra de los vivientes” (Sal 27,13). En esta vida, de ordinario, no podemos ver a Dios más que de espaldas (cf. Ex 33,23).

3. El rostro de Cristo

El cristianismo tiene su centro en la encarnación de Dios Hijo. El Dios invisible, “aquel a quien nadie ha visto jamás”, se ha revelado por obra y gracia del Espíritu Santo en Jesús de Nazaret. El Logos hecho carne nos “ha contado” el misterio del Padre, nos lo ha “interpretado” con una fidelidad absoluta (Jn 1,18). Pero no lo hizo únicamente con palabras sino también con gestos, más aún, con su misma existencia humana, inescindiblemente corporal y espiritual.¹⁰ Por eso Jesús pudo decirle a Felipe: “El que me ha visto, ha visto al Padre (...) Yo estoy en el Padre y el Padre está en mí” (Jn 14,9.11). Jesús nos muestra al Padre sin que tengamos necesidad de desviar la mirada. Lo vemos en su misma Persona, porque Cristo es la Imagen, “el Icono de Dios invisible” (Col 1,15). En él Dios muestra su rostro, ya no de manera excepcional, sino a todo aquel que quiera ver. Esta universalidad fue resaltada de manera especial por san Ireneo en su polémica con los gnósticos.

“A todos, pues, se reveló a Sí mismo el Padre, haciendo visible para todos a Su Logos; y a su vez el Logos, hecho visible para todos, manifestaba a todos al Padre y al Hijo (...) Mediante el propio Logos hecho visible y palpable se manifestaba el Padre; y aunque no todos creían por igual en Él, todos vieron en el Hijo al Padre: pues el Padre es lo invisible del Hijo, como el Hijo es lo visible del Padre”.¹¹

Ireneo comprendió que a todo cristiano se le concede el privilegio de Moisés:

¹⁰ “Al Padre, invisible e infinito para nosotros, le conoce su Verbo; y siendo inenarrable, él mismo nos lo narra (...) Y por eso, el Hijo mediante su propia manifestación revela el conocimiento del Padre. Pues el conocimiento del Padre es la manifestación del Hijo (*Agnitio enim Patris est Filii manifestatio*)”; S. IRENEO, *ADVERSUS HAERESIS* IV,6,3. COMENTANDO ESTE PASAJE ANTONIO ORBE SEÑALA QUE “IRENEO NO HABLA DE SIMPLE GNOSIS (‘COGNITIO’), SINO DE EPIGNOSIS (‘AGNITIO PATRIS’). AL HIJO LE TOCA REVELAR EL CONOCIMIENTO AQUEL CUALIFICADO, FILIAL DEL PADRE. MÁS QUE AL ‘CONOCIMIENTO’, DISPONE AL ‘RECONOCIMIENTO’. SU REVELACIÓN ENTRAÑA UNA MANIFESTACIÓN AMOROSA, A QUE RESPONDE EN EL HOMBRE EL ‘RECONOCIMIENTO’ DEL PADRE SIMILAR AL CONOCIMIENTO QUE PERSONALMENTE POSEE EL VERBO”; ANTONIO ORBE, *TEOLOGÍA DE SAN IRENEO IV* (MADRID: BAC, 1996), 69.

¹¹ S. IRENEO, *ADVERSUS HAERESIS* IV,6,5-6: *INVISIBLE ETENIM FILLI PATER, VISIBILE AUTEM PATRIS FILIUS*. Cf. AH IV,20,6; 20,11; ORBE, *TEOLOGÍA DE SAN IRENEO IV*, 77-78, 293-296, 310-315.

“Miren, nosotros hablamos con el Padre y estamos cara a cara ante Él”.¹² Para la misma época Clemente de Alejandría ofreció expresiones bien sugerentes. En sus *Stromata*, por ejemplo, escribió lo siguiente: “El Hijo es llamado rostro de Dios: él se revistió de carne haciéndose perceptible a los cinco sentidos: él, el Logos, el revelador del carácter del Padre”.¹³ Y de modo semejante en el *Pedagogo*: “El rostro de Dios es el Logos, por el que Dios es iluminado y conocido”.¹⁴

El Nuevo Testamento menciona el rostro luminoso de Cristo en tres oportunidades. En primer lugar está el episodio de la transfiguración, que permite ver a Jesús irradiando la gloria de su divinidad. San Lucas precisa que “el aspecto de su rostro fue otro” (Lc 9,29). Un segundo pasaje es la visión inicial del Apocalipsis. Allí san Juan se encuentra con un Cristo imponente: “en su mano derecha tenía siete estrellas, de su boca salía una espada de doble filo, y su rostro era como el sol cuando brilla con toda su fuerza” (Ap 1,16). La tercera mención procede de san Pablo en 2 Corintios 3-4, donde el apóstol establece la superioridad de la nueva alianza que, paradójicamente, siendo más gloriosa no pide velo alguno, cosa que sí ocurría con Moisés (cf. 2 Co 3,18). Los cristianos pueden ahora reflejar la gloria de Dios en sus rostros descubiertos, precisamente porque contemplan esa misma gloria en el rostro de Cristo. “Porque el mismo Dios que dijo: «Brille la luz en medio de las tinieblas», es el que hizo brillar su luz en nuestros corazones para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios, reflejada en el rostro de Cristo” (2 Co 4,6; cf. 2 Co 4,4). Lo interesante de este segmento paulino es que asocia de manera explícita la Imagen de Dios con el rostro de Cristo, lo cual representa un plus en relación a Colosenses 1,15.¹⁵

4. Cristo, Rostro del Padre

Es común que se hable de Jesús como Hijo, Palabra o Imagen, pero no es tan frecuente que se lo llame Rostro del Padre. ¿A qué se debe esto? Ocurre que *prósopon*, el

¹² S. IRENEO, *EPIDEIXIS* 96, SEGÚN LA TRADUCCIÓN DE JOSEPH P. SMITH, EN: ST. IRENAUS, *PROOF OF THE APOSTOLIC PREACHING* (NEW YORK: PAULIST PRESS, 1952), 106: “BEHOLD, WE SPEAK TO THE FATHER AND STAND FACE TO FACE WITH HIM”. CASI LO MISMO EN *PATROLOGIA ORIENTALIS* 12 (PARIS: FIRMIN-DIDOT, 1919), 727: “BEHOLD, WE SPEAK WITH THE FATHER AND WE APPROACH AND STAND FACE TO FACE WITH HIM”. EN CAMBIO, EUGENIO ROMERO POSE TRADUCE ASÍ: “HE AQUÍ QUE NOSOTROS HABLAMOS CON EL PADRE Y ESTAMOS EN SU PRESENCIA” [MADRID: CIUDAD NUEVA, 2001]. QUE LA FAMILIARIDAD DE MOISÉS CON DIOS SEA LA DE TODO CRISTIANO PUEDE ESCLARECERSE POR LA SIGUIENTE DECLARACIÓN DE JESÚS: “USTEDES SON MIS AMIGOS... YO LOS LLAMO AMIGOS...” (JN 15,14-15).

¹³ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *STROMATA* V,34,1 [FUENTES 15, CN, 376].

¹⁴ CLEMENTE DE ALEJANDRÍA, *PEDAGOGO*, I, 7, 57 [SC 70, 212-213].

¹⁵ Cf. ALOIS GRILLMEIER, *CRISTO EN LA TRADICIÓN CRISTIANA* (SALAMANCA: SÍGUEME, 1997), 122; HEINRICH SCHLIER, *BESINNING AUF DAS NEUE TESTAMENT* (FREIBURG: HERDER, 1964), 312-313.

término griego para rostro, adquirió con el tiempo el sentido metafísico de persona.¹⁶ Por eso, a fin de evitar confusiones, especialmente de tipo modalista, es lógico que la visibilidad de Jesús se haya expresado fundamentalmente con la categoría bíblica de Imagen, aunque ésta resulte algo menos elocuente que aquella.¹⁷ Sin embargo, cabe decir que en el último siglo la Cristología se volvió más sensible al tema del rostro.¹⁸ Ejemplo de ello son el sacerdote católico Joseph-Marie Le Guillou (1920-1990) y el laico ortodoxo Olivier Clément (1921-2009).¹⁹

4.1. Joseph-Marie Le Guillou

Ya en 1963, en su admirable estudio consagrado a la teología del misterio, Le Guillou recogió dos citas que aluden a Cristo como Rostro del Padre. La primera procede del comentario que Dídimo el ciego hace al Salmo 31,17: “Que brille tu rostro sobre tu servidor, sálvame por tu misericordia”.²⁰ El alejandrino entiende que el protagonista del salmo es Cristo en diálogo con el Padre, por eso pone en su boca la siguiente reflexión: “Si me libras y me desembarazas de mis perseguidores, [entonces] has mostrado tu rostro. Ahora bien, Yo soy tu rostro (*Egô dé eimi tò prósôpon sou*), la impronta de tu sustancia, tu imagen, Dios invisible”.²¹ El dominico francés transcribe a continuación la explicación del entonces joven Adolphe Gesché: “Esta manera de designar al Hijo se prolongará en el comentario al versículo 21a: «las obras de la creación constituyen el rostro visible de Dios; el Hijo, su rostro secreto y oculto (...) Uno comprende que el Hijo sea llamado «rostro oculto y secreto», porque él no revela al Padre sino a aquel que mira más allá de las apariencias (...) Poco importa que el Hijo, imagen de Dios, sea él

¹⁶ Es interesante el caso de Teodoreto de Ciro, cuya teología no hacía mucho uso de nociones metafísicas. La unidad de Cristo era considerada no tanto en el plano esencial, cuanto en su manifestación concreta. El rostro, entonces, le permitía expresar que “la divinidad y la humanidad de Cristo se unen en *una sola figura global*. La humanidad de Cristo hace visible la divinidad, y brilla así el «único rostro» de Cristo”; GRILLMEIER, *CRISTO EN LA TRADICIÓN CRISTIANA*, 762. Cf. TEODORETO, *IN 2 COR.*, 4,6 (PG 82, 401B).

¹⁷ Se llama modalismo al error trinitario-cristológico que no considera a Cristo como Persona distinta del Padre, sino como un “modo” en que éste se apareció entre los hombres.

¹⁸ No es casualidad que Juan Pablo II haya propuesto a la Iglesia del tercer milenio la contemplación del rostro de Cristo; cf. *Novo millennio ineunte* (especialmente el capítulo II: “Un rostro para contemplar”).

¹⁹ Cf. GABRIEL RICHI ALBERTI, “PERFIL BIOGRÁFICO Y TEOLÓGICO DE MARIE-JOSEPH LE GUILLOU O.P.”, *REVISTA ESPAÑOLA DE TEOLOGÍA* (2001) 53-100; AA.VV., “DOSSIER OLIVIER CLÉMENT”, EN: *NUNC 7* (2005).

²⁰ Salmo 30,17 (LXX): ἐπίφανον τὸ πρόσωπόν σου ἐπὶ τὸν δοῦλόν σου, σῶσόν με ἐν τῷ ἐλέει σου.

²¹ DÍDIMO EL CIEGO, *COMMENTAIRE SUR LES PSAUMES*, X,5,14-15, CITADO EN: MARIE-JOSEPH LE GUILLOU, *TEOLOGÍA DEL MISTERIO. CRISTO Y LA IGLESIA* (BARCELONA: ESTELA, 1967), 84 (NOTA 60). HEMOS CORREGIDO LA TRADUCCIÓN DE DÍDIMO DESDE EL ORIGINAL FRANCÉS QUE LE HA SERVIDO DE BASE A LE GUILLOU: ADOLPHE GESCHÉ, *LA CHRISTOLOGIE DU «COMMENTAIRE SUR LES PSAUMES» DÉCOUVERT À TOURA* (GEMBLoux: DUCULOT, 1962), 271.

mismo invisible a los ojos de la carne. Para los ojos de la contemplación y de la fe, es verdaderamente «rostro de Dios».²²

La segunda cita procede del comentario que santo Tomás hace a 2 Corintios 4,4-6, que luego de enlazar diversas referencias bíblicas desemboca en Mateo 5,14: Ustedes son la luz del mundo. Y entonces concluye: “La claridad de Dios, o sea, la claridad de la divina visión en el rostro de Cristo. La Glosa dice: es decir, por Jesucristo, que es el rostro del Padre (*qui est facies Patris*), porque sin él no se conoce al Padre. Pero es mejor decir: por la iluminación de la santa claridad de Dios, que brilla en el rostro de Cristo, o sea, que por su gloria y su claridad conozcamos a Cristo Jesús”.²³

Pocos años después, al inicio de 1968, Le Guillou publicó un extenso estudio sobre la doctrina del Concilio Vaticano II con el siguiente título: *El Rostro del Resucitado*. Puesto a explicar la razón de su elección reconoce que el tema del rostro había ido ganando importancia en su camino espiritual, apostólico y teológico. Pero lo decisivo fue, según sus propias palabras, el encuentro fortuito, en un aeropuerto africano, con una máscara de ébano tallada “de una extraordinaria nobleza y trascendente serenidad”.²⁴ Entonces, de repente, percibió que todo el misterio de Cristo se resumía en su Rostro. De esa gracia luminosa recogemos apenas algunas frases, aunque valdría la pena transcribirlas todas:

“En el fondo, se trata de reconocer su *rostro* en todas las cosas. Y nuestra vida va de gloria en gloria, de un rostro ya conformado con el de Cristo a un rostro aún mejor configurado. Y es la unidad porque es el mismo rostro. *La encarnación es el rostro revelado por el corazón, el Espíritu.*

(...)

La verdad es la verdad que la Faz del Señor obra en nosotros. Es el Rostro – únicamente este Rostro– lo que nos tiene que preocupar. Hablar de aquel que es el Rostro, *nuestro rostro*.

(...)

²² GESCHÉ, *LA CHRISTOLOGIE DU COMMENTAIRE*, 271; CITADO EN LE GUILLOU, *TEOLOGÍA DEL MISTERIO*, 84. Y MÁS ADELANTE: “PERO ES EL MISMO SER EL QUE SE PROCLAMA VÍCTIMA DE PERSEGUIDORES Y «ROSTRO DE DIOS», ES DECIR, EL HIJO”; GESCHÉ, *LA CHRISTOLOGIE DU «COMMENTAIRE»* 272. EL TEXTO FRANCÉS DICE FACE, AUNQUE CON ALGUNA EXCEPCIÓN, PERO NOSOTROS TRADUCIMOS ROSTRO (Y NO FAZ).

²³ S. TOMÁS, *IN SECUNDAM EPISTOLAM PAULI AD CORINTHIOS CAP. 4, LECT. 2*: 130; CITADO EN: LE GUILLOU, *TEOLOGÍA DEL MISTERIO*, 274.

²⁴ MARIE-JOSEPH LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO. GRANDEZA PROFÉTICA, ESPIRITUAL Y DOCTRINAL, PASTORAL Y MISIONERA DEL CONCILIO VATICANO II* (MADRID: ENCUENTRO, 2012), 40.

La Biblia –y más profundamente *toda la revelación*– está centrada en la faz de Dios, en Cristo rostro del Padre y en su rostro, *hoy*, que es la Iglesia. El misterio de Cristo es su Rostro”.²⁵

Le Guillou destaca la fuerza recapituladora de Cristo, Rostro del Padre, sentido último de toda la creación.²⁶ En Él, Dios asume nuestra carne, es decir, nuestra lógica, nuestra dinámica. “La revelación del otro se nos da a través del rostro. Existe por sí mismo y me manifiesta a este otro que libremente se dirige a mí: se entrega para abrirse a un misterio de encuentro gratuito y es acogido en la correspondencia del amor. Es en el seno de esta revelación, irreductible a cualquier apoderamiento posesivo, que se constituye el lenguaje”.²⁷ Esta perspectiva natural, de evidente familiaridad con el pensamiento de Levinas, se consume en la gracia de la soteriología-escatología, según la cual el *rostro incomparable* de Cristo se reflejará en “una multiplicidad de rostros de pobres salvados por la gloria de este Rostro (...) el mundo ha sido creado para que surjan un día, en la luz admirable del misterio de Dios, rostros que sean el reflejo del Rostro absolutamente único”.²⁸ La redención es la personalización del universo, o más precisamente, su cristificación. Cristo es, en tanto “rostro del Padre”, la “persona hacia la que se ordena la totalidad de los seres y de los acontecimientos”.²⁹

Hacia el final del libro Le Guillou vuelve sobre una de sus intuiciones centrales. La buena noticia cristiana está al servicio del itinerario de la conciencia humana, que “va siempre del Rostro desfigurado al Rostro reconocido”.³⁰ La fe es un camino de transfiguración existencial que depende de una transfiguración en la percepción de Dios. Pero esa nueva percepción tiene algo de reencuentro. Por eso dice nuestro autor que Jesús es el Rostro *reconocido*, porque fuimos hechos por él, en él y para él.

“Pobres hombres, todos llevamos en el corazón un rostro *desfigurado* del Dios vivo: imaginamos a Dios como un verdugo, como un déspota y el rostro que inventamos nos aterroriza y nos impide reconocer ese Rostro que quiere manifestarse en el amor. Es necesaria la ayuda del Espíritu que rompe nuestra suficiencia para que aceptemos el Rostro de amor siempre volcado sobre el mundo para hacer levantar hacia él las miradas

²⁵ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 41-43.

²⁶ La segunda parte del libro se titula: “Cristo, el Rostro del Padre”; cf. LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 73-148.

²⁷ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 39.

²⁸ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 45-46.

²⁹ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 130.

³⁰ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 418.

de rostros libres y fraternos, maravillados del monte Sinai y de Pentecostés”.³¹

Hasta en la última página queda dicho que la revelación es gracia, no sólo en términos de verdad o bien sino también de belleza. “Por eso, según las palabras de san Clemente, no nos cansaremos de contemplar en Jesucristo «el Rostro lleno de nobleza del Padre»”.³²

Si ya la hermenéutica conciliar desbordaba cristología, cuánto más una obra especialmente dedicada a Cristo. En *El Inocente*, publicado en 1971, Le Guillou vuelve sobre el tema del rostro pero desde una finísima sensibilidad pascual. “¡Extraño misterio: el Inocente es a la vez el Deseado de los pueblos y el Rechazado! El Inocente, el rostro de Cristo, ese rostro de hombre de una transparencia total con el Padre, ofrecido como el más pequeño de los pequeños –el más desposeído de sí mismo que se puede imaginar– por la trágica malicia de los hombres. Triturado por el pecado del mundo que lleva en su carne, revela en el amor el misterio eterno del Dios tres veces santo. *El Inocente*, ¡la luz del mundo!”.³³

Jesús trae a este mundo una luz peculiar, una luz difícil de asumir. El Inocente resulta un escándalo porque constituye la prueba flagrante de que es posible vivir de otra manera. Y eso hace de él un marginal, un “enajenado” (Mc 3,21) que reivindica en sí mismo a todos los pequeños.

“Como testigo aparentemente ridículo del valor irreductible de la persona, del precio infinito de esos niños idiotas, de esos locos que se quisiera suprimir, él da sentido al espantoso derroche de la aventura humana.

Lleva toda la miseria para transfigurarla. Para quien sabe comprender, es el encanto del mundo, ¡Él glorifica todas las cosas, él justifica nuestro universo! Como rostro de Dios aquí, testifica de manera soberana, como sólo saben hacerlo los humildes, el absurdo de un mundo privado de Dios”.³⁴

La mansedumbre del Inocente denuncia por contraste la violencia de un mundo que a menudo no se deja interpelar. De allí que se cumpla en Jesús el rechazo del justo que describe el libro de la Sabiduría: “Presume de conocer a Dios y se presenta

³¹ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 418. EL ROSTRO DE CRISTO HABLA SIEMPRE DE LA TRINIDAD Y DE MARÍA; CF. *IBID.* 372, 415-416.

³² LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 421, CON CITA DE CLEMENTE ROMANO, *PRIMERA CARTA A LOS CORINTIOS*, 36.

³³ MARIE-JOSEPH LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE* (BURGOS: MONTE CARMELO, 2005), 11.

³⁴ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 16.

como hijo del Señor. Es un reproche contra nuestras convicciones y *verlo nos resulta insoportable*” (Sb 2,13-14). La revelación cristiana no es la confirmación de nuestros criterios distorsionados por el pecado sino su juicio. Le Guillou lo resume así: “El rostro, la agonía: no pueden sino darse juntos”.³⁵ Y sin embargo, cuanto más se rechaza el misterio del rostro, tanto más necesaria resulta su presencia.

“Hoy nos hallamos antes una crisis iconoclasta, como no la ha habido jamás en la historia de la humanidad. Por todas partes los hombres destruyen con la imagen su rostro, su cuerpo, todo su ser. Se desfiguran, lo cual es la mejor manera de matarse. Es preciso recuperar el sentido de las imágenes: nombrar a la figura por excelencia, a Cristo.

(...) Recuperar la inocencia de la vida humana, volver a dar rostro a lo desfigurado. ¡Un rostro es más rostro cuanto más inocente! (...) Rostro del Inocente, en torno al cual se ordena el universo. Del encuentro con el Inocente, en la prueba, nace nuestro rostro”.³⁶

He aquí la gran sorpresa, el gran misterio: nuestra desfiguración se transfigura en el Desfigurado. En línea con el testimonio bíblico, Le Guillou contempla la pascua de Cristo a la luz de los cánticos del Siervo (sobre todo del cuarto: Isaías 52,13-53,12).³⁷ “Figura plenamente desfigurada, y figura suprema; para sus hermanos pierde todo su encanto; es el rostro sin rostro, el rostro incomparable reducido a la nada y exaltado más que nadie”.³⁸ “¡Escandalosa audacia de la Palabra divina! La figura del Mesías aparece bajo el aspecto de leproso rechazado por su pueblo y tratado de malhechor. Inverosímil paradoja: a través de un rostro de hombre entregado a la suprema humillación se revela el que es «Yo soy», el Dios vivo (...) En un rostro de hombre humillado se transparenta el rostro mismo de Dios”.³⁹

Es la extraña lógica de la redención, la lógica del amor divino, cuya “locura es más sabia que la sabiduría de los hombres” (1 Co 1,25). Esta dinámica se anticipa ya en el episodio de la transfiguración de Jesús, que no por nada ocurre en el marco de la pasión inminente. “A medida que Cristo se sumerge más resueltamente en la humillación de su misterio de Siervo y de su combate con Satanás, comienza a transparentarse con

³⁵ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 21 (TRADUCCIÓN MODIFICADA DESDE EL ORIGINAL).

³⁶ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 21-22.

³⁷ “No tenía apariencia ni presencia (...) Despreciado, marginado, hombre doliente y enfermizo, como de taparse el rostro para no verlo” (Is 53,2-3).

³⁸ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 60.

³⁹ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 63-64.

más claridad el misterio de la gloria que lo habita”.⁴⁰ Con el entusiasmo propio de los enamorados, Le Guillou no se cansa de proclamar el misterio de la salvación. Su teología nunca cede al acostumbramiento, sino que está embebida del asombro paulino: se trata de anunciar “eso que ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni al corazón del hombre llegó; eso que Dios preparó para los que le aman” (1 Co 2,9).

“El amor, es el rostro que se ofrece más transparente que nunca en la desfiguración; es el rostro convertido en no-rostro y por eso mismo un rostro incompatible; es la palabra que acepta zozobrar aparentemente en el mundo que ella misma salva, la palabra que se apaga y se hace no-palabra.

¡Escándalo dichoso de la negación absoluta del amor, que se convierte en afirmación soberana del absoluto de Dios y de su amor!”.⁴¹

4.2. Olivier Clément

En 1972 Olivier Clément publicó *Sobre el hombre*, libro bellissimo, denso como pocos; una pequeña suma teológica en la que confluyen la Escritura, los Padres, la liturgia, la filosofía y la poesía. El tema del rostro aparece allí, de principio a fin, una y otra vez. Sería imposible en este marco abordar toda esa riqueza, pero intentaremos transmitir algunas de sus intuiciones centrales. Empecemos por la dimensión cristológica del universo, que no sólo marcha hacia Jesús sino que lleva ya en sí su impronta. Por eso la salvación supone que “todo, el mundo, la historia, el otro y yo mismo, sea revelación, porque a través de todo aparece en filigrana el Rostro del Resucitado”.⁴² Es la antigua idea de la recapitulación (cf. Ef 1,10), pero enriquecida ahora por el influjo del personalismo contemporáneo.

“En el Resucitado, el hombre descubre el sentido de la tierra y el fin de la creación. El rostro de Cristo es inseparable del rostro de Dios en el hombre y el rostro del hombre en Dios, único rostro que nunca se cierra porque su transparencia es infinita, única mirada que nunca petrifica sino que libera. Rostro de rostros, clave de todos los rostros”.⁴³

Clément habla del pecado en términos de despersonalización, verdad que a nuestro tiempo le cuesta aceptar. “Ya Gregorio de Nisa decía que el que no encuentra su rostro en

⁴⁰ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 133.

⁴¹ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 183 (TRADUCCIÓN MODIFICADA DESDE EL ORIGINAL).

⁴² OLIVIER CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE* (MADRID: ENCUENTRO, 1983), 26. “TAL PUEDE SER EL AMOR POR LA BELLEZA ÚLTIMA DE CRISTO QUE ME CONFÍA EL SECRETO DE TODOS LOS ROSTROS, LA DULZURA DE TODO LO CREADO”; *IBÍD.* 124. *CF. IBÍD.* 201.

⁴³ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 59.

la luz del Espíritu, se encuentra disfrazado con una máscara demoníaca; y la máscara corre el riesgo de hacerse carne, de convertirse en hocico”.⁴⁴ Cuando el corazón se endurece, la mirada se cierra, incapaz de ver más allá de sí misma. Entonces los otros no cuentan sino en función de nuestros egoísmos. Ya no interpelan sino que son meros maniqués mudos. Pero Jesús ha venido precisamente a restaurar el diálogo interrumpido.

“El cristianismo es la religión de los rostros. El cristianismo es Dios, que por nosotros, se ha hecho rostro y nos revela al otro como rostro. Macario el Grande dice que el hombre espiritual se hace todo rostro, y el rostro todo mirada. ¿Y qué es un rostro hecho mirada sino un desgarrón salvador en la inmensidad cerrada del mundo?”.⁴⁵

Hacia falta Uno que pudiera desarmar la espiral de frialdad, Uno que estuviera siempre dispuesto al perdón. La misericordia divina da sentido a la esperanza, porque “si la mirada se endurece, si el rostro se cierra, sabemos que, en lo secreto, una mirada nos acoge siempre, y que el rostro de Cristo nunca se cierra”.⁴⁶ El desafío consiste en no evitar esos ojos benditos que abren al misterio del hombre abriendo al misterio de Dios; y viceversa. “Si nosotros somos infieles, él permanece fiel” (2 Tim 2,13). Y en él aprendemos la fidelidad amorosa que nunca deja de apelar a la imagen divina, aquella que no se borra jamás. “La ascesis de la vigilia nos hace posible el encontrar ese desgarrón fundamental ante cualquier rostro, el más estropeado, el más usado, el más cargado, y encontrarlo precisamente porque es así. Dios ama a ese hombre aquí y ahora, a través de su trivialidad, de su cobardía, de su soledad, a través de su pecado. La ascesis de la vigilia abre en nosotros el ojo del corazón, el cual participa de la mirada de Dios”.⁴⁷

Clément comprende que la tecnocracia ahoga al hombre en su falta de sentido. No se trata de renegar de la materia sino de ordenarla a Dios. Ese es el servicio que el cristiano está llamado a prestar hoy. “Sólo el hombre de la eucaristía puede realizar la integración de la materia. Sólo el hombre del icono puede salvar el rostro amenazado de la persona”.⁴⁸ La crisis teológica ha derivado en una crisis antropológica. El arte refleja ese desconcierto a través del “rechazo del rostro”, de una “verdadera imposibilidad de representar el rostro humano”.⁴⁹ Sin embargo, curiosamente, “el rostro surge de todas partes, obsesivo, bárbaro, en el mismo momento en que desaparece del arte «culturalista”.⁵⁰ Es la fuerza de la luz de Dios que habita en cada ser humano. Clément percibe que, aun sin mucha lucidez,

⁴⁴ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 35.

⁴⁵ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 82.

⁴⁶ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 82.

⁴⁷ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 85-86.

⁴⁸ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 206.

⁴⁹ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 214.

⁵⁰ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 226.

la realidad del rostro se impone por sí misma. Porque es un misterio. “La humanidad hecha de rostros; todas las humanidades en su mezcolanza, convertidas en un único flujo de rostros, y constituyendo un único museo imaginario vulgarizado”.⁵¹ Los hay de todo tipo y se los presenta de cualquier forma. El *collage* vertiginoso de los medios de comunicación confunde más de lo que aclara. “Pero existe una irreductible belleza, un enigma irreductible que este ácido no puede en definitiva corroer. Es el rostro del hombre y la nostalgia de una comunión planetaria de los rostros...”.⁵²

En Jesús Dios nos ofrece una belleza capaz de asumir la fealdad del pecado. Es el secreto de la pascua. “En adelante, la gloria resplandece en un rostro «hecho perfecto por el sufrimiento»”.⁵³ La cita procede de la Carta a los Hebreos (5,8-9), y no significa que el sufrimiento perfeccione en sí mismo, sino que fue el camino que debió atravesar Cristo en su amor por los hombres, para acreditarse no sólo como sumo sacerdote sino también como hombre pleno. “Belleza madurada en el tiempo de la encarnación y la pasión, belleza de un rostro ensangrentado y resucitado vencedor de la muerte, pero por la muerte. Belleza del que ha ido voluntariamente al infierno, de modo que, en él, el «colmo de la humillación» se identifica con el colmo del amor”.⁵⁴

Entre los rostros desfigurados del mundo contemporáneo y el rostro transfigurado de Cristo hay una vía media que es el icono. No podemos detenernos aquí en todo lo profundo que Clément dice del arte del icono.⁵⁵ Simplemente evocaremos su conversión, tal como la narra en su autobiografía de 1975, *El otro sol*. Él había explorado diversas filosofías y espiritualidades antes de entrar en una casa de antigüedades de París. Entonces lo maravilló un icono, o más bien un tríptico –tanto que se endeudó para comprarlo–. En el centro estaba Jesús, y en los extremos la Virgen María y Juan Bautista. Todo le atraía, pero más que nada “la Faz enigmática” de Cristo y la inscripción griega *ho òn*: el que es.⁵⁶

“Y ese rostro estaba allí: acogida absoluta de esos ojos que ya no pueden petrificarse desde que se cerraron en la cruz y se reabrieron la mañana de Pascua. Tantos rostros se cerraron entonces a mi alrededor. O más bien yo los cerré, fue un vértigo. Ese rostro estaba allí, en las sombras, acogida absoluta –«En él sólo hay sí»– mientras yo descendía a los pobres infiernos.

⁵¹ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 227.

⁵² CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 227-228.

⁵³ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 232.

⁵⁴ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 233.

⁵⁵ Basta remitir a OLIVIER CLÉMENT, *EL ROSTRO INTERIOR* (MADRID: NARCEA, 2018), 9-49.

⁵⁶ OLIVIER CLÉMENT, *L'AUTRE SOLEIL* (PARIS: DDB, 2010), 193. “ESE ROSTRO ESTABA AHÍ, COMO UN ENIGMA. CON SU PRETENSÓN DE UN YO SOY QUE CONSTITUIRÍA LA FUENTE DEL SER”; *Ibíd.*

Jesús: lo encontré, lo amé, lo desafié, me dejé desafiar por él tanto en los caminos de los hombres como de los dioses”.⁵⁷

Más adelante vuelve a expresarse sobre su gracia fundante.

“Entonces Alguien me miró. Él, sobre el icono. No me haré el iluminado. Todo era silencio, palabras de silencio. Pero silencio suyo, palabras tuyas, en una profundidad más grande que la del Ser, en una profundidad en la que yo ya no estaba solo. Me dijo que yo existía, que él quería que yo existiera y, por tanto, que yo ya no era nada. Me dijo que yo no era todo, pero sí responsable. Que el mal era aquello que yo hacía. Pero que, aun más profundo, él estaba ahí. Me dijo que yo necesitaba ser perdonado, curado, creado de nuevo. Y que estaba perdonado, curado y creado de nuevo. «He aquí que estoy a la puerta y llamo». Y yo abrí”.⁵⁸

Este testimonio de conversión certifica aquella frase célebre de Benedicto XVI al comienzo de su encíclica *Deus caritas est*: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (DCE 1). Para Olivier Clément, el encuentro con Jesús fue una mirada, un rostro enigmático y a la vez sugerente, tan exigente como consolador. Jesús no es un rostro cualquiera. Repitémoslo: es el “rostro de los rostros”,⁵⁹ el “rostro del Padre”.⁶⁰ De allí que la transparencia de la Santa Faz no extinga el misterio sino que lo intensifique. Ningún iconógrafo podrá jamás reflejar toda su belleza, bondad y verdad, sino tan solo destellos de su infinita gloria, lo que nos obliga a recordar que Cristo es “el rostro del Inaccesible”.⁶¹

5. Rostro del Padre en el Espíritu

En el credo confesamos que Dios Hijo se encarnó “por obra y gracia del Espíritu Santo”. Cristo es el Rostro del Padre modelado, simultáneamente, por el Espíritu y por la Virgen María. Por eso para entrar en su misterio necesitamos sintonizar con ambos, lo cual ocurre –de ordinario– en la Iglesia. En palabras de Le Guillou: “Sin la luz del Espíritu, el Concilio no podía ser contemplación del Rostro de Cristo”.⁶² “La Iglesia no

⁵⁷ CLÉMENT, *L'AUTRE SOLEIL*, 129.

⁵⁸ CLÉMENT, *L'AUTRE SOLEIL*, 129.

⁵⁹ CLÉMENT, *L'AUTRE SOLEIL*, 102.

⁶⁰ OLIVIER CLÉMENT, *FUENTES* (BUENOS AIRES: AGAPE, 2012), 63.

⁶¹ CLÉMENT, *SOBRE EL HOMBRE*, 236; Cf. ID., *L'AUTRE SOLEIL*, 130. “... NINGÚN RETRATO TERRENO DE JESÚS (YA SEA DISEÑADO POR UN ARTISTA, POR UN EXÉGETA O POR UN TEÓLOGO) ES CAPAZ DE SATISFACER A NUESTRO CORAZÓN”, HANS URS VON BALTHASAR, *¿NOS CONOCE JESÚS? ¿LO CONOCEMOS?* (BUENOS AIRES: AGAPE, 2006), 109.

⁶² LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 133.

existe sino en el Espíritu y no reconoce el Rostro del Padre sino en Cristo”.⁶³ Pero la Iglesia encuentra su identidad en María, la pequeña sobre quien “reposa con indecible ternura la mirada del Padre. Reconoce en esa niña el rostro con que ha soñado desde hace tanto tiempo”.⁶⁴ María es la inocente, la inmaculada. Su corazón no ha sido siquiera rozado por el pecado. Pero su belleza no es ajena al sufrimiento sino que, como perfecta discípula de su Hijo, irradia la luz de la pascua.

“Cruz maravillosa, en la que María –y en ella la humanidad y la Iglesia enteras– reconoce con su corazón de niña inmaculada el rostro de su Dios.

Rostro de niña absolutamente inocente, y por eso mismo totalmente triturado, que reconoce el rostro del Padre en su infinita ternura”.⁶⁵

El mundo necesita volver a escuchar que *Cristo, María y la Iglesia* son un único misterio. La Iglesia es “es el espacio definido por el Espíritu en el que, en Jesucristo, se manifiesta el rostro de Dios Padre”.⁶⁶ Esa manifestación acontece de múltiples maneras, pero la más significativa de todas es la eucaristía, que hace presente a Cristo verdadera, real y sustancialmente. Sin embargo, pocos cristianos saben que también la eucaristía está ligada al tema del rostro. Mucho se habla de la eucaristía como el auténtico maná –el pan bajado del cielo que alimentó a los israelitas durante su peregrinación por el desierto–, pero en general se desconoce su conexión con “el pan de la presencia” que se encontraba en el Santo de los santos del templo de Jerusalén.⁶⁷ La expresión hebrea

⁶³ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 136-137. “REZAMOS A TU ESPÍRITU SANTO PARA QUE MUESTRE A TODOS, EN LO MÁS PROFUNDO DE TANTOS PAROXISMOS, NO LA NADA TAN TEMIDA, TAN ESPERADA, SINO TU ROSTRO EBRO DE AMOR, SOL DE SANGRE”; OLIVIER CLÉMENT, *VÍA CRUCIS EN EL COLISEO ROMANO* (1998), 2º ESTACIÓN.

⁶⁴ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 226. “¿NO ES NATURAL QUE EN EL RESPLANDOR DEL ROSTRO DEL RESUCITADO, LA IGLESIA, TODA ELLA LLAMADA A SER CONFORMADA A IMAGEN DE ESE ROSTRO, DEJE TRANSPARENTAR EL ROSTRO DE AQUELLA QUE «TIENE TODA SU RAZÓN DE SER EN DIOS Y EN CRISTO, NUESTRO ÚNICO REDENTOR Y MEDIADOR»?”; LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 372.

⁶⁵ LE GUILLOU, *EL QUE VIENE DE OTRA PARTE: EL INOCENTE*, 226. 228-229.

⁶⁶ LE GUILLOU, *EL ROSTRO DEL RESUCITADO*, 142. NINGÚN REFRATO PARTICULAR, POR MÁS QUE PROCEDA DE UN SANTO, LOGRA PLASMAR ADECUADAMENTE LA FIGURA DE CRISTO. “SÓLO LA IMAGEN QUE EL ESPÍRITU PRESENTA A LA IGLESIA HA SIDO CAPAZ DE TRANSFORMAR, DURANTE CASI DOS MILENIOS, A LOS PECADORES EN SANTOS”; VON BALTHASAR, *¿NOS CONOCE JESÚS? ¿LO CONOCEMOS?*, 109.

⁶⁷ Ex 25,30; 39,13.36; Nm 4,7; 1 Sam 21,4-6; 1 Re 7,48; 1 Cro 9,3; 23,29; 2 Cro 2,4; 13,11; Mt 12,4. En el Santo de los santos había tres objetos sagrados: el arca de la alianza, la mesa bañada en oro con el pan de la presencia y el candelabro de oro. Como bien dice Brant Pitre, el pan de la presencia era signo de la alianza eterna, ofrenda perpetua ante el Señor, sacrificio incruento y santísimo; cf. BRANT PITRE, *JESUS AND THE JEWISH ROOTS OF THE EUCHARIST* (NEW YORK: DOUBLEDAY, 2011), 118-125.

en cuestión es *lehem panim*, que literalmente significa “pan del rostro”.⁶⁸ Si se considera el contexto bíblico (especialmente Ex 24-25), parece claro que “el «pan del Rostro» terrenal debía significar una suerte de memorial del banquete celestial en el que Moisés y los ancianos «vieron» al Dios de Israel mientras «comían y bebían» (...) El tabernáculo terrenal es un signo visible del espacio celestial invisible de Dios: y el Pan de la Presencia terrenal es un signo visible del celestial e invisible rostro de Dios”.⁶⁹

Brant Pitre explica que en tiempos de Jesús, los judíos que vivían en Israel solían ir tres veces al año a Jerusalén, tal como mandaba Dios: “Tres veces al año todos los varones se presentarán delante del Señor, el Dios de Israel” (Ex 34,23; 23,17). En cada una de esas fiestas –Pascua, Pentecostés y Tiendas– ocurría algo admirable. La mesa bañada en oro era removida del Santo de los santos, y los sacerdotes la elevaban de manera que el pan de la presencia pudiera ser visto. Y al hacer eso decían: “Miren el amor que Dios les tiene”.⁷⁰ Es importante entender aquí cómo suena literalmente la orden de Dios: “Tres veces al año todos los varones *verán el rostro del Señor*, el Dios de Israel” (Ex 34,23; 23,17). En otras palabras, la mostración del pan de la presencia a los peregrinos era el modo en que efectivamente se cumplía el anhelo bíblico de ver el rostro de Dios (evocado en el punto 2 de este artículo). Estaba bien claro que ese pan no era verdaderamente el rostro de Dios, sino apenas un signo, pero un signo más que elocuente. “Este pan sagrado era un signo vivo y visible del amor de Dios por su pueblo, la manera en que su pueblo terrenal podía alcanzar, en un vistazo fugaz, el deseo último de sus corazones: ver el rostro de Dios y vivir, y saber que él los amaba”.⁷¹

Cristo es el Rostro del Padre. Que el Espíritu Santo nos permita reconocerlo en la eucaristía, que es el verdadero pan de la presencia, y que también nos permita reconocerlo en los sufrientes con los que ha querido identificarse. “Cada vez que lo hicieron con el más pequeño de mis hermanos, lo hicieron conmigo” (Mt 25,40).

⁶⁸ ROLAND DE VAUX TRADUCE “PAN DEL ROSTRO (DE DIOS)”; *ANCIENT ISRAEL: ITS LIFE AND INSTRUCTIONS* (MICHIGAN: EERDMASN, 1997), 422.

⁶⁹ PITRE, *JESUS AND THE JEWISH ROOTS OF THE EUCHARIST*, 122.

⁷⁰ Talmud Babilónico, *Menanoth* 29A, citado en: Pitre, *Jesus and the Jewish roots of the Eucharist*, 130-131. “Si esta tradición no estuviera tan bien documentada, sería casi increíble”; *Ibid.* 131. “En efecto, la investigación ha mostrado también que en el mundo antiguo, las tortas de pan ofrecidas en los templos (y luego en las iglesias), a menudo eran estampadas con símbolos de la divinidad (Jr 7,18; 44,19)”; BRANT PITRE, *JESUS AND THE LAST SUPPER* (MICHIGAN: EERDMANS, 2015), 125.

⁷¹ PITRE, *JESUS AND THE JEWISH ROOTS OF THE EUCHARIST*, 133.